

Muy buenas tardes a todos:

Lo primero muchas gracias por estar aquí, por venir a acompañarme en la presentación de la segunda edición de esta novela. Si presentar la primera edición en Madrid supuso una inmensa alegría, poder hacer este acto aquí, en Cádiz, en su Ateneo, entra dentro de la categoría de aquellos sueños inalcanzables que, a veces, de forma mágica, llegan a hacerse realidad.

Por eso quiero dar mi agradecimiento mas sincero a todos los que han trabajado para que este acto fuera posible. Gracias a Ignacio Moreno, como presidente de esta casa, por brindarme la oportunidad de estar hoy aquí. A José De Mier por su disposición para participar en la presentación y sus palabras, inmerecidas palabras, sobre la novela. A Carmita por su intervención, en la que no me reconozco, y también por su colaboración que fue vital para la elaboración de parte de la obra. Y gracias, muchas gracias, a Asensi impulsor, gestor y “alma mater” de esta presentación. Pero sobre todo, Belén, Carmita, Ulpiano y Asensi, gracias, muchísimas gracias por vuestra amistad que, si es en si misma un privilegio, además me ha permitido conocer más y mejor esta maravillosa tierra.

Hablando ya de la novela, y si he de ser sincero, no identifico un momento en el tiempo en el que yo decidiera escribir y ponerme a trabajar en ella. La gestación fue larga pero supongo que comienza hace ya más de catorce años, aquella primera vez en que mis pies pisaron la arena de la playa de La Barrosa.

Todos conocéis lo espectacular que es. Su longitud, su arena blanca y la inmensidad del océano que abraza, hacen de ella un lugar privilegiado al que si se le añade la visión del islote de

Sancti Petri termina de configurar un paisaje ante el que, difícilmente, se puede permanecer indiferente. Recuerdo que era la tarde de un día nublado de inicio de otoño y el sol, ya descendiendo, estaba prácticamente oculto por nubes que, sin embargo, permitían pasar algunos de sus rayos, que parecían envolver la isla y su castillo. La belleza de la escena es difícil de reflejar con palabras, pero creo que fue en ese momento cuando se empezó a gestar la novela que hoy presentamos.

La curiosidad aceleró el proceso. Intrigado por qué eran aquellos restos que se veían en la isla, comencé a buscar información, averigüé que se trataba de los restos de un castillo militar que llevaba tiempo abandonado. Finalmente alguien, no recuerdo quien, pronunció las palabras que, verdaderamente, supusieron el inicio de todo: “Viene de muy antiguo - me dijo-. Allí antes hubo un templo romano o fenicio”.

Estas últimas palabras dejaron la huella suficiente como para desencadenar todo. La curiosidad y mi afición por los temas históricos, me llevaron a buscar más información y pronto descubrí que el templo romano al que se refería mi informante era el templo de Hércules o Herakleion que fue uno de los más importantes del mundo antiguo.

Según el historiador romano Tito Livio, el templo había sido visitado por personajes ilustres como Aníbal, que fue hasta él para ofrecer sus votos antes de iniciar la campaña de Italia o el propio Julio Cesar que, en este santuario, después de haber llorado por no haber alcanzado todavía un éxito militar importante tuvo, durante la noche, un sueño que le predecía el dominio del mundo. Desgraciadamente para él, el sueño era absolutamente cierto. Y digo desgraciadamente porque también le advertía que sería asesinado por su propio hijo.

La tradición romana hablaba de que allí estaban enterrados los restos del dios mitológico y en ese punto era donde la historia enlazaba de lleno con la cultura fenicia.

Ahondando en la historia del islote y su templo, se me hizo evidente que el templo romano no era sino la asimilación a esa cultura del dios fenicio Melkart. Melkart era el señor de la ciudad de Tiro y fue venerado como tal en la mayoría de los emplazamientos fundados por los fenicios.

Probablemente el hecho de ser un dios fuerte y poderoso hizo que su asimilación con Hércules fuera la evolución lógica para los romanos. Si tenemos en cuenta que estos no practicaban una política de destrucción de las culturas dominadas sino que eran, en cierto modo, tolerantes y que preferían una cierta simbiosis con las mismas con la idea de evitar confrontaciones permanentes, parece normal esta transposición.

Y así, una cosa llevó a la otra y comencé a leer y a buscar más información acerca de los fenicios y su cultura. Los fenicios han sido un pueblo denostado en muchas ocasiones por su marcado carácter comercial y creo, con sinceridad, que de una forma injusta. Es evidente que ese espíritu mercantil fue el combustible que les llevo a expandirse con el objetivo de buscar nuevos mercados para colocar sus productos y en los que, a su vez, encontrar otros que luego pudieran vender en sus tierras y en sus colonias.

Pero no es menos cierto que ese espíritu les lleno de fuerza y empuje para llegar hasta donde nunca nadie había llegado antes y realizar avances y descubrimientos que, todavía hoy, son útiles.

En esa búsqueda consiguieron dominar las artes marítimas, navegar de noche usando las estrellas como guía, desarrollaron y mejoraron las embarcaciones hasta permitirles circundar África y dejarnos con la duda de si es cierto o no, que consiguieron llegar a América. En este sentido, se han encontrado tablillas en Brasil cuya escritura podría corresponder a la realizada en estelas funerarias fenicias y otro dato, no menos curioso, es el claro origen semítico de los nombres que aparecen en algunas de las leyendas de las islas del Caribe que recogen la llegada de los dioses que venían desde el lugar donde salía el sol.

En los aspectos industriales los fenicios consiguieron dominar la industria textil, la del vidrio, la de los metales. Consiguieron ser grandes orfebres y maestros de la madera y de la construcción. El Antiguo Testamento certifica que el famoso Templo de Salomón fue concebido y levantado por ellos por encargo del rey judío. También dominaron ciertos aspectos de la medicina y, como curiosidad, fueron los primeros en realizar implantes dentales.

Pero, sobre todo, sería muy injusto no resaltar la que, probablemente, fuera su mayor aportación al desarrollo de las posteriores civilizaciones: la invención del alfabeto. Con ello abrieron la puerta a que la transmisión de conocimientos, experiencias y sentimientos abandonara la comunicación oral, hasta entonces única vía posible, para empezar a ser plasmados por la vía escrita y así permitir que llegaran hasta nosotros de una forma más fidedigna y directa.

Es cierto que una vez más el motor de esa iniciativa fue la necesidad de regular las transacciones comerciales y fijar las normas de las relaciones mercantiles, pero el porqué es irrelevante ante la importancia del resultado.

Sería como podréis comprender, muy injusto que alguien que está presentando una obra escrita, pasara por alto este hecho que, en mi opinión justifica, por si solo, mi admiración por este pueblo.

Creo y espero con todo lo anterior, desmentir la posibilidad que alguna vez se me ha apuntado de la influencia de mi actividad profesional en esta admiración: los fenicios eran mucho más listos que los bancarios e incluso que los banqueros.

Este trabajo de documentación también me ayudó y fue fundamental para construir la estructura de la novela y la historia que quería reflejar en ella.

Y ¿cuál es esa historia?, ¿Qué cuenta la novela? Pues es sencillo, no es otra cosa sino una historia de amor. Un intento por reflejar mi convicción de que, a pesar de que todo nos parece indicar lo contrario, esa fue y sigue siendo la fuerza que empuja los movimientos vitales de nuestro mundo.

De que, a pesar de que el mercantilismo y lo material parece dominar el día a día de nuestra existencia, los humanos seguimos siendo los dueños de nuestro destino. Y que no hay nada con más fuerza que una voluntad que es guiada por el deseo de encontrar y estar cerca de la persona a quien se ama. Así de sencillo y así de “naif”, si quieren, pero creo que también, así de bonito.

En su recorrido, la novela trata de reflejar como se establecían entonces las relaciones sociales, políticas y religiosas. Y a lo largo del tiempo que pasé escribiendo, uno de los asuntos que me resultó curioso fue comprobar como las relaciones entre las diferentes clases sociales, entre el pueblo y sus gobernantes, entre los fieles y sus religiones poco o nada han cambiado a lo largo de los siglos.

Las clases sociales siguen siendo, en parte, enemigas entre si. La permeabilidad de nuestros tiempos no evita que aquellos que abandonan una clase determinada, desarrollen muchas veces recelos hacia la que han abandonado. Los gobernantes siguen gobernando olvidándose de las preocupaciones reales de sus pueblos y desarrollando un autismo galopante cuando llegan al poder. Y, aunque muchas religiones han cambiado y ahora su cercanía a los fieles es mayor, otras desgraciadamente han quedado ancladas en pasado irreal y se han transformado en un arma arrojadiza y fanática contra todos los que no comulgan con ellas. Pero incluso en el caso de aquellas que han evolucionado, los mensajes de sus profetas se han distorsionado para preservar el poder acumulado, que continúan ejerciendo y que nunca debió corresponderles.

Pero siendo cierto todo lo anterior la historia nos demuestra que los pocos avances que se han conseguido en estos aspectos, han sido gracias a la perseverancia y determinación de aquellos que defendieron sus convicciones y se apoyaban en valores sólidos e intemporales.

Por eso, la novela construye, alrededor de esa historia de amor, un reflejo de la importancia que, para mí, siguen teniendo la familia, la lealtad, la amistad, la generosidad, la defensa de las propias convicciones y, sobre todo y por encima de todo, el respeto profundo a los demás y a sus opiniones.

Probablemente son temas que ahora no están muy de moda y que muchos consideran relativos. Poco importa eso, las modas son pasajeras y a lo largo de la historia estos valores han prevalecido.

Alguien que me conoce y que ha leído ya la novela, me decía que quería reconocer en ella una parte de mí. No se si es así, lo que si es verdad es que creo que cualquier escritor deja en el proceso de creación una parte de sí mismo, un pequeño jirón de su persona.

En otro orden de cosas, podéis imaginar que, han sido muchas las ayudas que he recibido en esta aventura. Por supuesto la primera y más importante la de mi familia: Lucia, Alejandra y Rafa que aguantaron con mucha paciencia mis reclusiones voluntarias tanto en el proceso de documentación como en el de escritura sin llegar siquiera a considerar la posibilidad de que existiera un principio enajenación mental por mí parte. Espero, que el resultado les haya compensado. Para ellos y por ellos está escrita la novela.

Ayuda también de muchos amigos que, en mayor o menor medida, me han aportado información, me han dado pistas y me han ayudado en la consecución de publicaciones. De catedráticos y profesores universitarios que, ante la simple petición por un correo electrónico de cierta información por ellos publicada, respondieron con prontitud facilitándome la misma.

Agradecer también a Editorial Slovento todo su apoyo. Gracias por que confiaron en el trabajo realizado y me ayudaron desde que efectuaron la primera lectura. Sin ellos el libro no hubiera sido una realidad y menos aún su segunda edición.

Y por supuesto, gracias, muchas gracias a Cádiz. Cuentan que el torero Joselito El Gallo, toreando en la ciudad francesa de Nimes, protagonizó una de sus famosas “espantás” y al terminar de estoquear al astado, ante la bronca que le propinaba el respetable comentó a su mozo de espadas: “¡Hay que ver estos extranjeros!”, a lo que el ayuda le respondió: “Maestro, que aquí los extranjeros somos nosotros”.

Nunca me ha sucedido esto en Cádiz, nunca he sido ni nunca me he sentido extranjero en ella y creo, sinceramente, que nadie puede hacerlo. Es una tierra especial y nada ni nadie que la haya conocido ha resistido alejarse. Ni siquiera los cantes pudieron. Esos cantes de ida y vuelta que salieron de aquí en barcos con destino a América, pero de donde tuvieron irremediabilmente que volver, si bien lo hicieron llenos de latidos indígenas y con las influencias naturales de unos pueblos en ebullición. Cantes que, por cierto, han tenido y tienen en estas latitudes algunos de su mejores intérpretes desde Pericón hasta el inigualable Chano. Cádiz es una tierra bendita y creo firmemente que de verdad es la morada de los dioses. Su tierra y sus gentes, maravillosas gentes, fueron la verdadera fuente de inspiración de la obra.

Como decía en uno de sus pasodobles una chirigota del carnaval del 2005: “Dicen que los gaditanos nacemos donde nos da la gana”, y a este gaditano que ahora os habla, se le ocurrió nacer en Madrid. Por eso los últimos versos de una poesía que escribí hace tiempo dicen:

En fin Cádiz, mi tesoro,
no haber nacido en tu tierra
no me nubla la razón
nacé en Madrid, tú lo sabes
y dicen que de allí al cielo.

Pero si quiero decirte
abriendo mi corazón
que formas parte de mí
que si no te veo, muero.

Y algún día acabaré
en tus entrañas mi vuelo.